

Jaime Guzmán: la euforia económica llevó a desinteresarse de lo público

SEGUNDA
9 AGO. 1982

◆ Autor del trabajo político más resuelto sobre la transición cuenta a "La Segunda" sus alcances y los porqués.

En medio de sus actividades académicas y políticas hizo un alto el mes pasado para convertirse en comentarista del Mundial de Fútbol en "La Segunda". Sorprendente faceta de la personalidad de este joven abogado (36 años), conocido partidario del Gobierno y considerado uno de los ideólogos de la nueva institucionalidad. Su afición por el fútbol arranca desde la infancia, hasta el punto de haber seguido un curso de árbitro, actividad que ejerce como "deporte dominical".

Sin embargo, a las pocas semanas de terminado el mundial, Guzmán publicaba en la revista "Realidad" uno de los trabajos más completos que se han escrito sobre el sentido de la etapa de transición. Reconocido como tal por la prensa y los círculos de opinión durante toda la semana pasada.

"Es que el mundial no duraba todo el día", nos dice riéndose a modo de explicación por el hecho de haber podido combinar las dos cosas: fútbol y análisis político. El no oculta en su ensayo que está profundamente preocupado por los problemas económicos y por la forma en que éstos han sido discutidos, provocando, en su opinión, un cuadro de extendidas desconfianzas entre partidarios del Gobierno y de éste para con ellos. Además, de "un estado de ánimo deprimido o pesimista en importantes sectores ciudadanos". No obstante, Guzmán busca la forma de tomar la contingencia y proyectarla hacia "un futuro más integrador", porque piensa que la transición implica un proyecto histórico del cual si no se toma conciencia se corre peligro de no alcanzar la meta propuesta. Esa meta es para él una "plena democracia, seria, eficiente y estable".

¿Hasta qué punto no es irreal que usted trate el tema de la transición en este momento, existiendo una inquietud tan fuerte de orden económico?

No se trata de eludir el duro problema económico que vivimos, sino de enfocarlo desde una perspectiva más amplia y global. Además, al fin de cuentas, los problemas económicos —en ciertos grados— son de raíz política y generan efectos políticos.

¿Cree que nos encontramos concretamente en ese grado político?

—Creo que sí. La superación de la actual crisis económica, al menos en sus dimensiones más agudas, me parece más bien un problema de confianza política que una mera cuestión técnica.

Pero, en todo caso, usted insiste en que la crisis económica debe sortearse sin abandonar el sistema económico libre, vigente desde 1973.

—Exactamente, por dos razones. Una, porque es el único sistema compatible con la sociedad integralmente libre hacia cuya plenitud Chile ha resuelto avanzar. La otra, porque es el sistema que mundialmente ha demostrado mayor eficacia para lograr un desarrollo económico alto y sostenido en el tiempo.

¿Y ve riesgos de que así no fuera, y que surgirían rebrotes socializantes?

—Siempre existe el peligro de que frente a los primeros escollos de un proceso creador e incipiente, "el peso de la noche" de que hablaba Portales, nos lleve a volver al cómodo pero mediocre esquema estatista y socializante que prevaleció en las décadas previas a 1973.

Soluciones y no culpables

Hay muchas disparidades de criterio en cuanto a quiénes serían los culpables de que eso ocurriera...

—Pienso que nada sería más funesto que dedicarse a buscar recíprocamente culpables, entre Gobierno y sector privado. Lo que hoy requiere Chile son soluciones, y no culpables.

Por
María Angélica Bulnes



Jaime Guzmán.

—¿Por qué ha vuelto a tratar usted el tema de la transición? ¿La considera detenida en sus aspectos fundamentales?

Lo que veo peligroso es que la transición pudiera entenderse como una simple espera o rutina, porque en tal caso perdería su justificación política e histórica.

¿Viejos y jóvenes caducos? . . . Voceros del fascismo criollo

—Usted le da mucha importancia a la meta constitucional, pero otros partidarios del Gobierno dicen que la actual Constitución es irreal para Chile, que "fue redactada por viejos y jóvenes caducos" y que "no sirve para nada" . . .

—No sé si el Presidente Pinochet y los miembros de la Junta de Gobierno, según esa opinión, estarán entre los viejos caducos o los jóvenes caducos, ya que fueron ellos quienes dieron forma definitiva al proyecto constitucional. Para mí, y para el 67% del país que votamos favorablemente la Constitución, ésta no es obra de caducos, sino el fruto de una tarea creadora y realista. Está claro que a los aislados voceros del fascismo criollo, no puede gustarles una Constitución democrática. Pero ¿qué le parece si conversamos sobre opiniones que tengan algún interés o importancia?

—¿No le atribuye ningún interés o influencia a opiniones como la que le cito?

—Ninguna. Salvo que se la tome por el lado jocoso, en cuyo caso amenizan. Pero pienso que no está el momento para amenidades jocosas.

—Volviendo a lo central, ¿por qué le da usted tanta importancia a la meta constitucional?

—Porque contrariamente a lo que suele creerse, ella no se reduce al simple plano político, en el sentido más restrictivo del término. La meta cons-

titucional es todo un proyecto histórico para Chile, que abarca aspectos morales e intelectuales, aspectos políticos y aspectos económico-sociales, como un todo armónico.

Responsabilidad en el desenlace

—¿Ve usted incompreensión de parte de los sectores que apoyan al Gobierno en esta materia?

—Veo una insuficiente comprensión de las proyecciones de este desafío en muchos de quienes apoyan al Gobierno, como también advierto ceguera al respecto en muchos de quienes no son partidarios de él. Y creo que se trata de una tarea que no sólo compromete al Gobierno. Cada chileno debe asumir su ineludible cuota de responsabilidad en el desenlace de este proceso.

La participación

—¿Es en este sentido que usted plantea la necesidad de incrementar los canales de un debate político constructivo, que incluya a todos los sectores no marxistas del país?

—En buena medida, sí. Debemos reforzar los canales participativos —ya existentes en importante medida— para que la ciudadanía vaya gradualmente interviniendo más en los asuntos de interés nacional. Y ese es el nivel del debate político serio y constructivo a que aludo, el cual me parece perfectamente compatible con el receso político-partidista, cuya mantención aprecio como necesaria hasta la fase final de la transición.

Valor del debate pluralista

—¿Y cuál es el principal valor que atribuye a ese mayor debate, por ahora sin partidos?

—Muchos. Entre ellos, que sólo así afianzaremos el nuevo pluralismo ideológico, amplio pero con límites, que establece la Constitución vigente. Si este nuevo concepto del pluralismo ideológico no se arraiga entre los chilenos, cobrará mayor riesgo la vuelta al pluralismo ideológico irrestricto y suicida que conocimos inmediatamente antes de 1973.

Más importante que vencer es convencer

—Además, debemos crear un estilo político renovado, donde más importante que vencer, sea convencer. Eso es especialmente necesario respecto de las nuevas generaciones jóvenes, que por no haber vivido el período previo a 1973, están más aptas para un estilo que supere los vicios que entonces predominaron, pero a la vez corre el riesgo de una peligrosa inmadurez política, si no participa de un debate que constituya una verdadera pedagogía democrática.

Dedicación sólo al dinero

—¿Y de quién depende que se avance en ese sentido?

—De todos los partidarios de la democracia. Desde luego, del Gobierno, como conductor de la transición. Además, de cada ciudadano a quien le preocupe el destino del país. En un momento dado, la euforia económica llevó a muchos a desinteresarse de la vida pública y dedicarse sólo a pensar en ganar dinero. Quizás lo único saludable de esta crisis sea que ella contribuya a corregir eso.

La oposición no marxista

—¿Hasta qué punto la oposición no marxista tendría un papel en este debate sin correr riesgo frente a la autoridad?

—Pienso que también tienen un papel importante al respecto y que no hay ni debiera haber motivo de riesgo para ellos, siempre que acaten el orden jurídico vigente y la autoridad constituida. Esto depende de la madurez y el realismo político que tengan para entender que no se puede pretender utilizar el espacio que la institucionalidad vigente les reconoce para intentar incluir de contrabando al marxismo dentro de él.